

¿Qué pasos podemos emprender para evitar ser totalmente cómplices de la reproducción del orden social dominante?

¿Cuáles son algunas de las condiciones necesarias para una terapia que sea sensible a las políticas de género, a las de dominación heterosexual o a las de raza y cultura, de clase y orientación sexual?

¿Cómo interactuar con las personas para ayudarlas a identificar, abrazar y honrar su resistencia frente a aquellos actos de individualismo en los que la cultura moderna dominante les incita a involucrarse mediante sus conocimientos y prácticas de poder?

¿Cómo subvertir las jerarquías de saber que privilegian el conocimiento profesional y abrir nuevas posibilidades para disentir?

“Mi compromiso con la metáfora narrativa vino de mi decisión de buscar prácticas que no sean normativas. Me refiero a las prácticas que no refuerzan ni reproducen las formas de vida valoradas por la cultura dominante sin cuestionarlas —esas formas de ser en el mundo, consideradas ‘reales’, ‘apropiadas’, ‘sanas’ y demás.

Creo que la metáfora narrativa abre un terreno muy fértil para este proyecto, infinito.”

Michael White



MICHAEL WHITE (1948-2008) es uno de los fundadores de lo que hoy conocemos como terapia narrativa. Durante gran parte de su carrera co-dirigió el *Dulwich Centre* en Adelaida, Australia, donde publicó la mayor parte de su obra. A finales de su vida fundó un nuevo proyecto: *Adelaide Narrative Therapy Centre*, hoy llamado *Narrative Practices Adelaide*. Fue co-autor, con David Epston, del texto fundacional de las prácticas narrativas: *Medios narrativos para fines terapéuticos*, entre otras obras fundamentales de la terapia narrativa. Michael White siempre se identificó como un colaborador más en el desarrollo de estas ideas y prácticas, como parte de una comunidad de personas que contribuyeron al desarrollo de las mismas y siempre mantuvo viva la curiosidad por conocer y contribuir con desarrollos locales de la práctica narrativa.

MICHAEL
WHITE

PRÁCTICA NARRATIVA *La conversación continua*

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE



Pranas



colectivo
Prácticas Narrativas



Pranas
Ediciones

ISBN 978-956-9719-00-4



9 789569 719004

PRÁCTICA NARRATIVA

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE

Editado por David Denborough

Prefacio
Jill Freedman

Introducción
David Epston

Epílogo
Cheryl White

Palabras finales y agradecimientos
Cheryl White

Título del original en inglés: *Narrative practice. Continuing the conversations*

Copyright © 2011 by Cheryl White and Penny White

Preface and Introduction copyright © 2011

by W. W. Norton & Company, Inc.

Epilogue, Postscript, and Acknowledgment copyright © 2011

by Cheryl White

All rights reserved

Traducción: Marina González Gutiérrez

Revisión técnica: Alfonso Díaz Smith, Marcela Estrada Vega,

Marina González Gutiérrez, Ítalo Latorre-Gentoso,

Carolina Letelier Astorga

Coordinación editorial: Amandine Semat

Edición: Mónica Nepote, Ramón Vera Herrera

Diseño de portada y diagramación: Gabriela Díaz, Javier Alcaraz

Primera edición: septiembre de 2015, Santiago de Chile

© de todas las ediciones en castellano, PRANAS Chile Ediciones

PRANAS Chile Ediciones es una editorial independiente,

ubicada en Santiago de Chile

pranas@pranaschile.org

pranaschile.org

Esta edición fue desarrollada en colaboración con el

Colectivo de Prácticas Narrativas, México

info@colectivo.org.mx

colectivo.org.mx

ISBN: 978-956-9719-00-4

Impreso en Chile y México – *Printed in Chile and Mexico*

CAPÍTULO 8

La externalización y la responsabilidad

Creo que es posible desarrollar conversaciones de externalización que incrementen o desarrollen el sentido de responsabilidad en vez de reducirlo. Y creo que el punto importante es que no es la externalización misma lo que lo permite, sino más bien lo que ocurre después. En una de mis presentaciones hablo de una conversación con un joven que tenía muchos problemas, muy ligados a sus actos de violencia. Era violento con sus hermanos menores, agresivo con su madre, intentó agredir a su padre, y tenía problemas en la escuela por su violencia. Ya no sabían qué hacer, y la única persona de la familia que lo acompañó a hablar conmigo fue su madre. Lo que sigue es un breve relato de nuestra conversación.

Su madre hablaba mucho de su frustración, de su angustia y de un sentimiento de fracaso como madre. Hablaba también de sus experiencias de ser agredida por este joven y de las consecuencias que esto tenía en su vida. Narró su desesperación y su dolor al tener que asumir una posible entrega de su hijo a alguien ajeno. Él se mantenía en la periferia de la conversación, y casi no se involucró, ni siquiera cuando su madre se puso a llorar. Cuando volteeé hacia él en un intento de involucrarlo en la conversación, él no estaba muy presente. Me dijeron que este joven carecía de capacidad de darse cuenta y que era irresponsable. Rara vez hablaba con gente adulta, así que me sentí agradecido cuando me contestó, aunque fuera, con una sola palabra.

Según mi entendimiento, la responsabilidad misma es un *concepto*, no es sólo un término. Este joven conocía el término, pero no iba más allá. No había desarrollado en absoluto su significado. Entendí que si no desarrollábamos el término como concepto el joven no tendría una base para emprender lo que podríamos considerar una acción responsable. Los hombres que me refieren por haber perpetrado un abuso conocen el término *respeto*, pero éste es tan sólo una palabra, no un concepto acerca de la vida o la identidad.

Creo que una de las ventajas de las conversaciones de externalización es que nos abren la posibilidad de desarrollar estos conceptos. Decidí entonces que podría ser útil entrevistarlo acerca de los efectos de esa violencia en su vida. Quise que los nombrara. ¿Qué nombre les pondría? Él los llamó “el herir” —hería a los demás, así que lo nombraba “el herir”. Lo llevé a caracterizar un poco más “el herir”. Me interesaban los efectos de este “herir”, y cuando le pregunté por ello, por primera vez vinculó el “herir” con el estar escindido de su familia. Esto fue un gran logro —no era sólo algo que pasaba y ya. De hecho, comenzó a tejer algunos episodios de su vida en cierta secuencia de asociaciones. Para él, vincular “el herir” con ciertas consecuencias que había tenido en su vida fue un logro, y nos entretuvimos un rato en esa conversación.

Entonces quise saber cómo se sentía respecto a su situación, así que le pregunté de su experiencia con “el herir” y sus consecuencias. Gracias a nuestra plática anterior, tenía *una superficie desde donde reflexionar* —algo en qué reflexionar. La verdad es que no estaba muy feliz; y dijo: “Esto me importa.” Le pregunté: “¿Qué quieres decir?” Y me dijo que no estaba bien, que no le gustaba lo que ocurría. Quise saber por qué, y me dijo que no sabía, y que no podía contestar la pregunta. Lo único que podía decir es: “No quiero una vida como

la de mi hermana, y eso es lo que me importa”. Tenía una hermana de 16 años que vivía en un pequeño departamento con un hombre mayor —su compañero— y dos amigos de él. Dije: “Entiendo que te importe porque no te gustaría una vida como la de tu hermana, pero esto no me dice por qué te molestaría estar escindido de tu familia. No entiendo.” Me dio permiso de consultar a su madre, y ella me contestó: “Bueno, quizá es por lo que se está perdiendo.” Le pregunté, “¿qué es lo que se está perdiendo?”, y me respondió: “Pertenecer.” Volteé hacia él y le pregunté: “¿Te hace sentido esto que dice ella?”, y me dijo, “pertenecer.” Y le pregunté de nuevo: “¿Qué significa para ti pertenecer?”. Estas preguntas tienen un papel importante en el desarrollo de estos conceptos.

En otro momento de la conversación, le pregunté un poco más acerca de cómo era que ese “herir” afectaba el modo en que se sentía. Podía yo ver que su madre lloraba. Entonces le pregunté, “¿Bueno, cómo te hace sentir? ¿Te da tristeza?”. No estaba seguro. Hablamos un poco más, y finalmente aceptó que sí le daba tristeza. Le pregunté: “¿Y se manifiesta en ti así como se manifiesta en tu madre? ¿Con lágrimas o de otro modo?”. “De otro modo”, dijo. Y volví a preguntar, “Puedo ver en qué parte del cuerpo de tu madre se manifiesta; ¿y en tu cuerpo, dónde está? ¿Aquí, aquí, aquí o aquí? ¿Dónde está?”. Eligió el corazón entre las varias opciones. Entonces le pregunté: “¿Y cómo es cuando sientes esa tristeza en tu corazón?”, y dijo, “son momentos en los que me siento muy solo.” Hasta ahora, nunca había verbalizado estas comprensiones sobre la vida. Era algo completamente nuevo. Así que, de nuevo, esto fue un logro: vinculó estos actos de violencia con el “herir”, con la tristeza, con el lugar de su cuerpo donde lo palpaba, con estar solo en la vida —y todos éstos eran desarrollos nuevos.

Podríamos suponer que este joven debería responsabilizarse por sus acciones. Pero todavía no había fundamento para ello —recordemos que la responsabilidad es un *concepto*, no sólo una palabra. Lo llevé a reflexionar en estas experiencias, y me dijo que era algo que le hacía sentir muy incómodo. De nuevo, pude preguntarle, “¿Me puedes ayudar a entender por qué?”. En ese momento descubrió otro concepto acerca de la vida. Me di cuenta que para él “el herir” se aliaba con el enojo y que estaba tomando el control de su vida. Nunca antes lo había podido expresar. ¿Cómo se sentía al respecto? Dijo, “Me gustaría poder hacer algo para orientar mi propia vida”. No usó estas palabras exactamente, pero algo semejante. *Eso sí es responsabilidad*, ¿no? Le pregunté qué significa lo que estaba diciendo y paulatinamente arribó al término *responsabilidad*. Entonces ahondamos un poco, y la *responsabilidad* se volvió en verdad un concepto para él.

Creo que mediante las conversaciones de externalización, las personas relacionan sus acciones con las consecuencias que éstas tienen. Luego reflexionan sobre sus experiencias al respecto y, en respuesta, llegan a conclusiones o verbalizan ciertos aprendizajes acerca de la vida, abstraídos de la situación exacta. Insisto en la idea de desarrollar los conceptos porque creo que es lo que permite que la gente haga lo que nosotros llamamos “responsabilizarse”. Simplificando los pasos que podríamos seguir son:

1. Externalizar el problema.
2. Revisar las consecuencias.
3. Reflexionar sobre las consecuencias y luego preguntar sobre los por qué de esas reflexiones.
4. Arribar a conclusiones sobre la propia vida, sobre lo que se quiere, valora, o espera en la vida.

5. Enriquecer aún más los términos hasta volverlos conceptos, separados de la situación concreta.

En esta entrevista en particular, este muchacho dijo que, entre otras cosas, el “herir” estaba “arrebataándole” su sentimiento de pertenencia. Para él ahora, el “pertenecer” se separó de las circunstancias concretas; se volvió una idea abstracta o un concepto acerca de la vida.

Espero que este breve relato ayude a mostrar cómo abren posibilidades las conversaciones de externalización, para que la gente se haga cargo de su vida.

